

Capítulo 1

Una casa llena de ruido y de silencio

Elena preparaba el café como quien repite una oración que ya no espera milagros. La cocina, pequeña y limpia, daba al salón a través de un arco donde antaño se enredaban voces, pasos menudos y el olor dulzón de los bizcochos recién hechos. Ahora la luz de la mañana entraba tímida por la cortina amarillenta, filtrada por el polvo y los años, y dibujaba una franja oblicua sobre la mesa.

Puso la cafetera italiana en el fuego, como cada día. El gas siseó, la llama azul asomó como una lengua disciplinada. Elena se recogió mejor la bata, esa bata azul desvaída que conocía los inviernos de la casa mejor que nadie, y se acercó a la mesa: dos tazas. Una, grande, blanca, de desayuno, delante de la silla donde ella siempre se sentaba;

la otra, más pequeña, de loza con un filo dorado gastado, frente a la silla vacía.

Siempre la colocaba. No sabía en qué momento había empezado a hacerlo: quizá tras el primer invierno sola, quizá el día en que se dio cuenta de que llevaba semanas sin poner dos platos en la mesa. La taza vacía era una costumbre que le dolía y la consolaba al mismo tiempo. Una presencia por defecto. Un «por si acaso» ilusorio.

La cafetera empezó a carraspear, a inflarse, a soltar ese olor denso que a ella le recordaba a las madrugadas en las que su marido salía para la obra y los niños, todavía pequeños, rezongaban entre las mantas. Torció ligeramente la muñeca y llenó su taza hasta el borde. No miró la otra, como si fuera un animal asustadizo al que no conviene mirarle directamente a los ojos.

La radio, sobre la encimera, soltaba las noticias de la mañana con el tono despreocupado de los programas de magazine: una ola de calor, un político cabreado, el sorteo de un viaje a Canarias si acertabas quién ganó Eurovisión el año anterior. El locutor bromeaba con una compañera; las risas enlatadas rellenaban los silencios que en casa de Elena se notaban demasiado.

Se sentó despacio, cuidando las rodillas. El reloj de pared marcaba las nueve y cuarto; el tic-tac era otro personaje más de la casa, testarudo, insistente. Removió el café con una cucharilla, oyendo ese tintineo metálico, y dio el primer sorbo. El calor le bajó por la garganta, le entibió el pecho vacío.

El móvil, sobre la mesa, vibró con un zumbido breve. Esa vibración ya tenía dueño: eran «los suyos», que en realidad eran pocos. Alargó la mano, despacio, y se puso las gafas que tenía colgadas del cuello.

En la pantalla, un mensaje:

Luis (hijo): «¿Videollamada luego?».

Elena respiró hondo, una mezcla de alivio y de cansancio. Medio sonrió.

—Mira tú qué lujo —murmuró—, hoy hay función.

Tecleó con los dedos algo torpes, los nudillos un poco hinchados por la artrosis.

«Claro, cuando puedas. Yo estoy en casa».

Se escuchó a sí misma leerlo en voz baja, como una niña repasando la lección.

«Yo estoy en casa». Dónde si no, pensó. No era que tuviera muchas alternativas: a su edad, los planes improvisados no se improvisaban tanto.

Pulsó enviar. El doble *check* verde apareció al momento. Elena dejó el móvil al lado de la taza, como si fuera un comensal silencioso, y por primera vez desde que se sentó miró la otra taza, la vacía.

Estuvo a punto de levantarse para llenarla «por si acaso». Por si un milagro absurdo hacía aparecer por allí a alguien con sueño y mala cara, pidiéndole azúcar. Pero solo vio la silla, la madera gastada del asiento, la taza blanca inmóvil. «Elena, no seas tonta, se dijo». Se levantó con un suspiro, tomó la taza por el asa y, despacito, la llevó al fregadero.

—A ver, pa' qué te vas a engañar —dijo en voz alta—. Si hoy no viene nadie.

La dejó boca abajo junto a los platos limpios. Volvió a la mesa con su taza en la mano, la radio llenando el fondo con conversaciones de gente que no conocía de nada, y se preparó para el resto del día: un día como tantos otros, tejido de pequeños gestos en los que nadie reparaba.

La videollamada

Por la tarde, el salón tenía esa luz apagada de los pisos antiguos sevillanos, en los que el sol entra refractado, cansado, después de rebotar en patios, azoteas y persianas. Elena había colocado el móvil sobre un par de libros, en vertical, frente al sofá. Se había puesto una rebeca gris encima del vestido, se había peinado con más esmero que de costumbre. A la pantalla hay que salir decente, aunque solo te mire tu hijo.

El tono de la videollamada sonó, un trino electrónico que todavía le parecía marciano. Pulsó el icono verde con cuidado, como si pudiera estropear algo.

—¿Sí? —dijo, aunque no hacía falta decirlo.

La imagen tardó unos segundos en estabilizarse. Apareció la cara de Luis, encuadrada a medias, con ese gesto de hombre siempre a contrarreloj: la barba de dos días, la ojerilla discreta, el ceño ligeramente fruncido. Desde algún sitio fuera de plano se oyó un ruido de platos.

—Mamá, ¿me oyes? —preguntó él.

—Te oigo, te oigo, como si estuvieras aquí en la cocina —respondió ella—. A ver si te veo igual de claro.

La cámara vaciló, se movió, y de repente apareció otra cara, roja y pecosa, pegada casi al objetivo.

—¡Abuela! —gritó Adrián, con ese entusiasmo que a veces le pinchaba a Elena como una aguja de alegría.

—Ay, mi niño... —La voz se le suavizó— ¿Cómo vas?

—Bien. Te tengo que enseñar un juego nuevo del móvil, abu, flipas. Es de unos zombis que...

Luis lo apartó con la mano, entre divertido y agobiado.

—Luego se lo enseñas, campeón —dijo—. Que ahora vamos con el tiempo justo.

Se giró hacia la pantalla otra vez.

—Mamá, al final este finde imposible, ¿vale? Me ha salido una guardia y el chaval tiene partido, y...

Elena lo cortó antes de que la lista de excusas creciera.

—Nada, nada, tú tranquilo —dijo, con una sonrisa de cartón—. Si yo aquí tengo mucho lío también.

Luis parpadeó, confundido.

—¿Lío? ¿Qué lío?

—Pues... cosas. La casa, las compras, la telenovela... —Hizo un gesto vago con la mano— Siempre hay algo.

Sabía que sonaba poco convincente, pero por orgullo prefería inventarse tareas que reconocer que el fin de semana era un desierto.

Adrián volvió a asomar, ahora con un trozo de pan en la boca.

—Abuela, ¿te acuerdas del vídeo que te mandé, el del gato que se caía de la cama?

—Cómo no me voy a acordar —resopló Elena, fingiendo indignación—. Me dio un susto... Pensé que eras tú, que te habías caído del sofá otra vez.

El chico se rio, satisfecho.

—Te voy a mandar otro, pero este es más gracioso —prometió.

—Sí, sí, luego —apuró Luis—. Venga, que vamos a cenar y luego tengo que repasar unas cosas del curro.

Elena sintió la frase como un cierre de persiana.

—Claro, hijo. Venga, que os aproveche —dijo, mecánica.

—Te llamo el domingo, ¿sí? —añadió él, como quien dice «ya veremos».

Se le endureció algo en el gesto, pero lo disimuló rápido.

—Si no hay partido, sí —soltó, dejando escapar una pequeña puya envuelta en humor.

Luis sonrió de compromiso. Adrián saludó agitando la mano tan cerca de la cámara que la imagen se emborronó.

— ¡Adiós, abu!

—Adiós, mi vida.

La pantalla parpadeó y, de golpe, se quedó en negro. Elena se vio a sí misma reflejada, pequeña, la cara seria, los labios apretados. Se vio mayor. Más de lo que quería admitir.

— «Te llamo el domingo» —repitió en un susurro—. Como si me hubiera tocado la lotería.

Pulsó el botón lateral y el móvil se apagó del todo. El silencio se extendió por el salón como una mancha de aceite. La tele, apagada. La radio, lejos. Solo el reloj, terco, iba marcando los segundos.

Cogió el teléfono otra vez, abrió la galería de fotos con una torpeza aprendida. Con el dedo, fue pasando imágenes: un Adrián de siete años con la cara manchada de chocolate, Luis más joven sosteniendo una paella, ella misma junto a su marido en una mesa llena de platos, servilletas arrugadas, copas a medio vaciar. La casa viva.

Se detuvo en una foto de Navidad: todos juntos en esa misma mesa. El árbol de plástico al fondo, las luces de colores medio fundidas, el mantel rojo con una mancha de vino. Todos reían; alguien acababa de decir una barbaridad. Elena no recordaba quién, pero recordaba el ruido: el de esa risa colectiva que ya no llenaba el piso.

Dejó el móvil sobre la mesa, boca abajo, con una suavidad casi reverencial. Se quedó un rato mirando el dorso negro, como esperando que vibrara de nuevo. No lo hizo.

Se levantó, fue hasta la cocina y, por inercia, volvió a poner la cafetera en el fuego, aunque la tarde ya no pedía café. Lo que pedía era otra cosa que no se vendía en ninguna tienda.

El mercado

Esa tarde, el mercado olía a fruta madura, a pescado, a especias y a conversación. Era un mercado cubierto, de esos que resisten a las grandes superficies como viejos boxeadores que se niegan a tirar la toalla. Allí, la vida parecía desarrollarse a otra velocidad: más acelerada, más visible.

Elena avanzaba despacio con su bolsa de tela colgada del antebrazo. A cada paso, el suelo de baldosas manchadas devolvía el eco de su taconeo (tacón bajo, cómodo, porque ya no se podía poner monerías). Los puestos se alineaban como fichas de dominó: pescadería, carnicería, charcutería, frutería. Voces que cantaban ofertas, manos que cogían, que pesaban, que cobraban.

Al llegar a la frutería, el frutero levantó la cabeza y sonrió. Tenía una energía que a ella le recordaba a su hijo antes de que se le pegara la cara de lunes.

— ¡Elena! ¿Lo de siempre? —cantó él, ya extendiendo la mano hacia las naranjas.

—Sí, hijo. Un kilito de naranjas... pero que sean dulces, ¿eh? —advirtió ella—. Que amargas ya tengo bastantes en casa.

El frutero soltó una carcajada mientras sacaba la bolsa.

—Para dulce usted, señora —bromeó.

Detrás de Elena, una mujer joven, muy arreglada, el pelo perfecto, los tacones demasiado altos para ir a un mercado, miraba la cola con desesperación. Miraba el reloj de pulsera, el móvil, volvía a mirar el reloj. Se «abaniqueaba» con la lista de la compra.

—Perdona, ¿puedes darte un poquito de prisa, porfa? —soltó, tratando de sonar simpática pero sin demasiada paciencia—. Que voy tardísimo.

Elena se giró, con media sonrisa, mezcla de disculpa y resignación.

—Ay, sí, sí, no te preocupes, niña... —dijo—. Si a mí ya no me esperan en ningún sitio.

La otra mujer sonrió de compromiso, pero siguió moviéndose nerviosa, pasando el peso de su cuerpo de un pie a otro. El frutero, imperturbable, cogía una a una las naranjas, tanteando su peso, su piel.

—¿Las quiere para zumo o para mesa? —preguntó.

—Para las dos cosas —respondió Elena—. Para zumo por la mañana y de mesa por si aparece alguien... —Se le escapó una risa corta—. Que siempre digo que vendrá visita y al final me las como yo sola.

La mujer más joven apretó los labios.

—Pues hoy igual aparece la visita antes de que me atiendan a mí... —masculló, lo bastante alto como para que se oyera.

El frutero sonrió, pero no aceleró. Siguió con su ritmo.

—Tranquila, mujer, que esto va rápido —le dijo a la joven sin perder el tono amable—. Elena, ¿cuánto le pongo? ¿Un kilo o kilo y medio?

—Ponme kilo y cuarto, que siempre me quedo corta —respondió ella, obstinada en ese cuarto de kilo que, en el fondo, era un cuarto de esperanza.

La señora miró al techo como pidiendo paciencia al universo.

—El cuarto me lo está quitando a mí de vida, de verdad... —murmuró.

Elena rebuscó en su monedero de piel, lleno de monedas sueltas que tintineaban. Le sobraba tiempo, más del que quería. Colocó los céntimos uno a uno sobre el mostrador.

—Mira, justito —dijo, satisfecha.

—Dos con veinte —confirmó el frutero, empujando la bolsa hacia ella—. ¡Que tengas buen día, Elena!

—Buen día tú, que tienes cola —se despidió ella.

Se giró hacia la señora, que ya se lanzaba al hueco libre.

—Anda, pasa, reina, corre, antes de que cambie de temporada la fruta —soltó, medio en broma.

La otra no pudo más que sonreír.

—Gracias —dijo, ya pensando en la puerta del cole y en la maestra.

Elena se alejó entre la gente con su bolsa de naranjas balanceándose. Escuchaba trozos de conversaciones ajenas que se quedaban flotando a su paso: «y entonces le dije yo...», «pues a mí el médico...», «el niño con fiebre toda la noche...». A nadie le faltaban palabras. A nadie le faltaba compañía. A nadie... menos a ella.

Aquella tarde, al entrar a su portal, el contraste con el mercado fue brutal. El edificio, de los años setenta, tenía un portal amplio pero tristón, con mármol en las paredes y una luz fluorescente que daba a todo un tono verdoso de hospital viejo. Los buzones de metal, alineados, mostraban apellidos a los que no acababa de ponerles rostro.

Elena empujó la puerta con la cadera para cerrarla, la bolsa de naranjas medio vacía colgándole del brazo. El espacio se hallaba casi en penumbra. El fluorescente del techo parpadeaba con un zumbido eléctrico. Pulsó el botón del ascensor. El sonido mecánico de la cabina bajando rompió un poco el espeso silencio.

Cuando la puerta se abrió, dentro estaba Rosa, su vecina, con el pañuelo de flores bien anudado y el abrigo marrón de siempre.

—¡Anda, mira quién aparece! —rio Rosa.

—Como los fantasmas... entre las sombras —respondió Elena, dejando salir a la vecina.

—¿Qué, cómo vas, hija? —preguntó Rosa.

—Tirandillo —encogió los hombros Elena—. Mucha tele, poco «humano».

—Pues veinte un día a casa, que tengo bizcocho —propuso la vecina—. Lo que pasa es que nunca coincido contigo.

—Ya... ni yo contigo —admitió Elena—. Un día de estos, nos sentamos, ¿eh?

—Eso, un día de estos —repitió Rosa.

—Venga, a ver si «ese día» llega antes de que nos jubile el de arriba —soltó la vecina, levantando la mirada al cielo.

Se rieron las dos, esa risa que alivia y que no soluciona nada.

—Buenas noches, Rosa.

—Buenas noches, reina.

La puerta se cerró con ese chirrido metálico que conocían de memoria.

El ascensor llegó a su planta con un «ding» cansado.

Elena salió al pasillo, cargando con la bolsa. La puerta del ascensor se cerró a su espalda, y el sonido metálico resonó en el pasillo vacío más tiempo del necesario.

Metió la llave en la cerradura de su piso. Al abrir, la recibió el olor suyo de siempre: mezcla de limpiar con lejía, café viejo y algún toque dulzón apenas perceptible. Dejó la bolsa en la cocina, colgó el abrigo, encendió solo la lámpara pequeña del salón. La tele, al encenderla, vomitó una tertulia del corazón llena de gente que se gritaba como si el mundo se acabara esa tarde. La apagó al segundo.

Demasiado ruido afuera. Demasiado silencio dentro.

Se quedó plantada en medio del salón, escuchando el tic-tac del reloj. Sintió ese peso en el pecho, esa especie de hueco que no es hambre ni falta de aire, sino otra cosa imposible de explicar en urgencias.

Se acercó a la mesa donde estaba la unidad de Teleasistencia, un aparatito rojo con un botón grande en el centro. Lo miró un segundo, como si fuera un animal peligroso.

—No seas exagerada, Elena —se dijo—. Hoy no toca.

Pasó de largo. Se sentó en la butaca, se colocó la manta sobre las piernas. Cerró los ojos. Pensó en la taza vacía de la mañana, en la pantalla negra de la videollamada que no acaba de llegar, en la señora apresurada del mercado, en el ascensor con Rosa.

La casa, silenciosa, respiraba con ella.

No sabía todavía que la noche siguiente, con la lluvia golpeando los cristales y un dolor raro en el pecho, ese aparatito rojo sería su hilo con el mundo. Y que ese hilo, por fin, empezaría a traerle de vuelta a la superficie.

Pero eso pertenece a otro capítulo.

Capítulo 2

Tormenta y sala de espera

La tormenta

La tormenta llegó como habían prometido en la radio, pero a Elena le dio la impresión de que el cielo había decidido ponerse de acuerdo con su ánimo. Desde la tarde, el viento venía empujando las persianas, inquieto, mascullando algo entre las antenas de las azoteas. A eso de las diez, las primeras gotas empezaron a golpear los cristales del salón: tímidas al principio, luego más seguras, hasta convertirse en una cortina tupida que borraba las pocas luces del barrio.

La tele escupía, una vez más, una tertulia del corazón. Tres mujeres y dos hombres, perfectamente peinados, se gritaban desde detrás de sus tazas de café de mentira. Hablaban de una famosa que se había quedado sola, de un hijo que no iba a verla, de una herencia mal

repartida. El público reía o aplaudía cuando se lo mandaban desde un rótulo rojo.

Elena estaba en su butaca, con el camisón y la bata de invierno, aunque fuera verano: el frío no lo marcaba el calendario, lo marcaban los huesos. Tenía el mando en la mano, apoyado en el brazo de la butaca. El sonido de la tele llenaba un vacío que ella ya ni se molestaba en nombrar.

Un relámpago iluminó el salón de golpe, recortando las sombras de los muebles contra las paredes. El reflejo de Elena apareció en el cristal de la ventana: chiquita, desdibujada, con el pelo recogido en un moño torpe. Esa imagen la desconcertó. Bajó la mirada al mando. Pulsó el botón. La tertulia se cortó en seco.

De repente, solo quedaron la lluvia, insistente, y el tic-tac del reloj colgado junto al aparador. El silencio, cuando aparece de golpe, no es ausencia: es un ruido distinto, más hondo. Elena apoyó la espalda en la butaca y se dio cuenta de que el pecho se le apretaba.

Al principio fue una sensación vaga, como si alguien le hubiera puesto un libro pesado encima del esternón. «Será el café de después de cenar», pensó. Intentó respirar hondo. El aire entró, pero poco, como si el piso se hubiera encogido y el oxígeno se hubiera gastado.

Se llevó la mano al pecho, justo en el centro.

—Ay, no... ahora no —susurró, casi sin voz, como si alguien pudiera oírla desde otra habitación que hacía años que estaba vacía.

Notó el corazón acelerado, no ese trote conocido de cuando subía la cuesta del mercado, sino un golpeteo desordenado, como si se hubiera asustado de algo que ella misma no veía. La boca se le secó. Se incorporó un poco en la butaca. Eso, lejos de aliviarla, empeoró la sensación: la casa le pareció aún más pequeña, las paredes más cerca.

«Será el corazón», pensó. «Con la edad, es lo que toca». Imaginó, con una rapidez que la sorprendió, su cuerpo tirado en el suelo del

salón, la tele apagada, la lluvia golpeando el cristal, los vecinos hablando al día siguiente en el portal. «La pobre Elena, la encontraron al cabo de unas horas... menos mal que olía».

Ese pensamiento le dio más miedo que el propio dolor. Aprietas el mando, apagas la tele, y el mundo se queda fuera; aprietas otro botón y a lo mejor el mundo entra, pero te mira morirte. Elena tragó saliva. El aire seguía entrando a medias.

Desvió la mirada hacia la mesa baja. Allí, pequeño y rojo, como un juguete fuera de sitio, estaba el aparato de la Teleasistencia. Un cuadrado con un botón grande en el centro. Siempre encendido, siempre esperando. Lo miraba muchos días sin atreverse a tocarlo, como si pulsarlo fuera reconocer una derrota: «ya no puedo sola».

Ahora, sin embargo, no podía apartar los ojos de él. El miedo a molestar peleaba en su pecho con el miedo, más grande, a morir sin que nadie se enterara.

—Exagerada —se dijo—. No será nada. Un sustito. Te acuestas y mañana se te pasa.

Otro relámpago iluminó el salón. Por un segundo vio su mano temblar. Sintió de nuevo el golpe del corazón, ahora más fuerte. La punzada en el pecho se deslizó hacia la garganta, hacia la mandíbula. El aire parecía haberse ido de vacaciones sin avisar.

—Ay, Virgen Santa —murmuró—. Ya está bien de tonterías.

Alargó la mano, despacio, como quien se decide por fin a tocar una foto antigua. Sus dedos rozaron el plástico liso del aparato. Dudó todavía un segundo más, con el dedo flotando sobre el botón. El ruido de la lluvia, el tic-tac, el latido, todo se mezcló. Luego apretó.

El pitido fue corto, agudo. Una luz roja se encendió en el centro. A Elena le pareció que el salón se encogía hacia ese puntito luminoso.

Unos segundos después, una voz salió del aparato. Una voz de hombre, joven, neutra, acostumbrada a hablarle a gente asustada a través de cables.

—Buenas noches, Elena. Soy Miguel, de la Teleasistencia. ¿Qué le pasa?

La pregunta la desarmó. Durante un instante, solo pudo respirar a medias, sin articular palabra. Luego, con la voz temblorosa, contestó:

—Que... que me falta el aire. Y estoy sola.

Lo dijo así, de golpe, sin adornos. «Me falta el aire y estoy sola». En esa frase cabía media vida.

—Vale, Elena, estamos aquí —respondió la voz, sin dramatismo—. Vamos a ir poquito a poco. Intente seguirme, ¿sí? Coja aire por la nariz... despacio... eso es... aguántelo un poquito... ahora suéltelo por la boca, como si apagara una vela.

Elena obedeció. El simple hecho de escuchar a alguien al otro lado le dio algo a lo que agarrarse. Inspiró, notando cómo el aire entraba raspando. Aguantó cinco segundos que le parecieron cincuenta. Soltó.

—Otra vez —dijo Miguel—. Muy bien. Aire... dentro... aguanta... fuera.

Repitieron el ejercicio tres, cuatro veces. El corazón, todavía alterado, fue cediendo un poco. La presión en el pecho no desapareció, pero dejó de aumentar. La cabeza le dolía menos.

—¿Tiene un dolor que se le vaya al brazo o a la mandíbula? ¿Se marea mucho? —preguntó la voz, profesional.

Elena se tocó el brazo izquierdo, luego la cara.

—No... es más aquí —Se señaló el centro del pecho, aunque él no pudiera verla—. Como... como si alguien se hubiera sentado encima.

—Entiendo —dijo Miguel—. Puede ser un ataque de ansiedad, Elena. Da mucho miedo, lo sé. Pero ahora mismo me cuenta que el dolor no se mueve, que puede hablar, que me sigue. Eso es buena señal. Vamos a seguir respirando así un ratito, ¿de acuerdo? Si nota que empeora, que el dolor cambia, o que se queda sin fuerzas, nos lo dice y avisamos a emergencias.

Elena asintió con la cabeza; reflejo inútil. Luego se dio cuenta de que él no la veía.

—Sí —dijo—. Sí, hijo. Perdona por... por molestar a estas horas.

Una carcajada corta, al otro lado.

—Para eso estamos, Elena —respondió—. No molesta para nada. Para mí es martes, igual que para usted. No está sola, ¿vale? Aunque el piso lo esté.

La frase se quedó colgada en el aire del salón. «No está sola, aunque el piso lo esté». Elena notó una punzada extraña en la garganta, el anuncio de un llanto que no terminaba de salir. Hizo lo posible por tragárselo.

—Es que... —empezó, sin saber muy bien qué decir—. A una le da vergüenza llamar por estas cosas. Piensa: «Si llamas es que estás peor que las demás. Que ya eres una carga».

—¿Para quién? —preguntó Miguel—. ¿Para quién cree usted que es una carga?

Hizo una pausa. —Para mí, desde luego, no. Y si se ha encontrado mal y ha llamado, ha hecho lo que tenía que hacer. Ni más ni menos.

Elena se encogió un poco en la butaca, como si alguien la arropase.

—Gracias —susurró, y la voz le salió más aguda, casi infantil—. Gracias por hablarme.

No había nadie más en el salón: ni su marido, fallecido hacía años, ni su hijo, que vivía en Madrid, ni la vecina, que solía traerle bizcocho. Solo esa luz roja parpadeando y una voz enlatada. Y, aun así, por

primera vez en mucho tiempo, tuvo la sensación de que no era un mueble más en la casa.

Respiró. Una vez. Otra. La tormenta seguía ahí fuera, golpeando los cristales, pero dentro empezaban a calmarse otras tormentas. Poco a poco, el corazón fue soltando el acelerador, el pecho dejó de apretar tanto.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Miguel, tras unos minutos.

—Un poquito —admitió Elena—. No como para irme de fiesta, pero... ya no me parece que me vaya a morir ahora mismo.

—Eso está bien —dijo él, casi sonriendo—. Si vuelve a sentirse así, ya sabe, botón y respiramos juntos otra vez. No hace falta hacerse la heroína.

—Heroína a estas alturas... —murmuró Elena—. Bastante tengo con subir la compra sin asfixiarme.

Se oyó reír al chico, bajito.

—Le llamarán del centro de salud estos días para revisarla, ¿vale? Se los comento yo en el informe. Esta sensación que ha tenido no sale en los análisis, pero también la tenemos en cuenta.

Elena frunció el ceño.

—¿Y esto qué es entonces? —preguntó—. Si no es el corazón, ¿qué es?

Hubo un silencio breve, como si Miguel buscara la palabra justa.

—Lo que yo puedo decirle es que puede ser ansiedad —respondió—. Miedo acumulado, preocupaciones... a veces el cuerpo grita por donde puede. El médico se lo explicará mejor. Pero lo importante: no está loca, ni se lo inventa. Y ya ve que no está sola.

La luz roja siguió parpadeando un momento más. Luego, poco a poco, se apagó. El aparato quedó otra vez mudo en la mesa, discreto, como si nada.

Elena se quedó sentada, respirando más tranquila, el camisón pegado a la piel por el sudor frío. Fuera, el trueno llegó más tarde que el relámpago. Dentro, el silencio ya no era exactamente el mismo.

No lo sabía aún, pero aquella noche, en la que por primera vez reconoció en voz alta «me falta el aire y estoy sola», había puesto en marcha algo que no se arreglaba solo con pastillas ni con mantas: había nombrado el miedo a la soledad. Y dar nombre a las cosas es empezar a vencer a ese enemigo invisible.